Los Medios

Violencia y medios de comunicación

Mercedes Charles C.

La violencia es un tema que a todos nos preocupa y, más aún, si vivimos en la Ciudad de México. Ella aparece como tema recurrente y como materia prima primordial de los diversos medios de comunicación, quienes se han dado a la tarea de transformarla en espectáculo y de promoverla como la forma más natural de solucionar los conflictos.

Sin embargo, esta violencia que nos habíamos acostumbrado a ver en la televisión y el cine, y a leer en el periódico, parece que ha dado un salto fuera de la pantalla y de la letra impresa para pasar a formar parte de la realidad en que vivimos. La mayoría de los habitantes de esta H. Ciudad hemos sido presas de la delincuencia o bien conocemos a alguien muy cercano que lo ha sido. Y, lo peor de todo, muchas veces hemos sido víctimas de la propia policía.

Pareciera que delincuentes y policías nos han arrebatado la posibilidad de vivir con tranquilidad, de caminar con seguridad en las calles, de pasear por los parques, de desplazarnos en carro o en los medios de transporte colectivo. Ni siquiera en nuestros hogares nos podemos sentir plenamente seguras.

Ciertamente, no podemos culpar a los medios de esta violencia citadina en la que la pobreza, la impunidad y la corrupción que prevalecen en nuestro país han jugado un papel fundamental. De lo que sí creo que los podemos inculpar es de dos cosas:

En primer lugar, de haberla convertido en un espectáculo morboso, reiterativo, tanto en los programas de ficción, como en los noticiarios y la prensa, donde se expone a la violencia y a los hechos de sangre en forma amarillista, sin ética ni estética, y se le plantea como la forma natural en que los seres humanos nos relacionamos y solucionamos los conflictos.

A partir de esto, nosotras y nosotros, como público de los medios, nos vamos acostumbrando a ella, la vamos justificando, la convertimos en parte integrante de nuestro universo simbólico. Como resultado, deja de impactarnos y de provocarnos rechazo, incluso, llegamos a demandarla como parte importante de sus contenidos. De esta forma, nos transformamos en cómplices del tratamiento que los diversos medios de comunicación hacen sobre este tema.

En segundo lugar, a través de sus contenidos, los diversos medios nos han hecho creer a últimas fechas que en este país sólo existen los delincuentes, los pillos, los corruptos, los narcos... en fin; pareciera que el territorio nacional está habitado sólo por personas que han hecho del delito una forma de vida. Han logrado crear en todos los y las ciudadanas un sentimiento fuerte de desesperanza e impotencia. Los medios omiten por completo que también en México existen muchas personas generosas, solidarias, trabajadoras, buenas, con deseos de ayudar.

No se trata de negar que en nuestro país la violencia existe y que se ha incrementado mucho en los últimos años; es más, considero que es muy importante denunciarla y que los medios tienen un papel muy importante en ello. Pero con lo que no estoy de acuerdo es su forma de tratarla, el morbo con el que la exponen y la falta de equilibrio que tienen los noticiarios, y los diarios para tratar los temas que ellos eligen como relevantes sobre nuestro acontecer nacional. También rechazo la facilidad con que se mata, se hiere o se agrede gratuitamente en la gran mayoría de los programas y películas de ficción.

Francisco Antúnez

Ciertamente, los medios ven en la violencia explícita una forma fácil de hacer negocio. Cuando se les critica, ellos se justifican diciendo que es el propio público quien la demanda y como prueba de ello, presentan los altos ratings y tirajes que tienen la programación televisiva, las películas y los diarios de tono amarillista.

Hoy en día, hasta los programas dirigidos al público infantil se encuentran cargados de escenas violentas. Pareciera que convertir este antivalor en espectáculo atrae mucho a los públicos de cualquier edad y que, por alguna razón, nos gusta ser sus espectadores. Unos dicen que ésta se encuentra en el hecho de que mirar la violencia tiene un efecto catártico ya que nos permite considerar que nuestra situación es de franco privilegio, porque la violencia está allá, lejos de nosotros.

Sin embargo, aún no sabemos con exactitud qué efectos genera esta violencia mediática, a pesar de que se han realizado en todo el mundo cientos de miles de investigaciones al respecto. Unas sostienen que no tiene efecto alguno; otras plantean que ciertamente genera comportamientos violentos, sobre todo en los niños y niñas, y otras más, que sólo afecta a aquellos que ya tienen una disposición previa hacia este tipo de comportamiento.

En fin, los resultados presentan muchas variantes. Pero podemos encontrar consenso en varios estudios sobre un aspecto: las nuevas generaciones –que desde muy pequeñas han visto muchísimas horas de televisión, juegan Nintendo y han asistido regularmente a películas de acción, de terror, de ciencia-ficción o de guerra– presentan ahora una nueva sensibilidad hacia la violencia, al menos, hacia aquella que proviene de los medios. Pareciera como si les afectara menos, como si su capacidad de indignación hacia ella se estuviera perdiendo, como si la integraran a sus vidas como algo natural, como si los contenidos necesitaran de la violencia para ser interesantes y entretenidos.

Ante lo anterior encontramos que gran cantidad de padres y madres de familia, así como de maestras y maestros, están francamente preocupados. Las niñas y los niños son espectadores asiduos de violencia televisiva, les encanta el Nintendo con sus juegos extremadamente crueles y violentos y se están acostumbrando a que la violencia forma parte de su vida. Por ello, los encargados de su formación con frecuencia se preguntan cómo contrarrestar esta tendencia hacia la espectacularización de la violencia, qué hacer ante la demanda de las pequeñas y pequeños hacia los contenidos agresivos, cómo hacerles ver que la violencia es un antivalor y que es importante rechazarla, qué hacer para que comprendan que hay otras formas de solucionar los conflictos, cómo transmitirles el sentimiento de que, a pesar de todo, nuestro país sí vale la pena.

Todos los encargados de educar y socializar a las nuevas generaciones tienen en sus manos un gran reto; mismo que sólo podrán enfrentar si logran crear estrategias pedagógicas que ayuden a los niños y a las niñas a procesar la violencia, tanto la que ven en la pantalla, como la que viven en su entorno.

Y esto sólo es posible si introducimos en la escuela y en la casa discusiones sobre el tema, si hablamos con ellos y ellas para conocer si ser espectadores de tanta violencia les está afectando o no, si les causa temores y cuáles, si están tomando a las soluciones agresivas como modelo para resolver los problemas.

Es importante dar a las niñas y niños nuevas herramientas que les permitan analizar críticamente todo aquello que miran en televisión, para que no acepten la violencia como una forma natural de estar en el mundo y de vivir en México. Cada vez más, nuestro país requiere del respeto a la diferencia, de la solidaridad y de la preocupación por el bienestar del otro, y ciertamente los medios de comunicación no tienen en su agenda la intencionalidad de transmitir lo anterior.